



Patriarca — Afeminado — Fratricidio
en
Carmen Delia de Suárez

Rafael Lara-Martínez
Tecnológico de Nuevo México
Nuevo México – USA

Desde Comala siempre...

No es más que el testimonio [que] está aquí para olvidar
[por] la liberación del país [que] vive sin existir.

C. D. de Suárez (1976: 179 y 202)

El Nombre-del-Patriarca cimienta
la función simbólica de la cultura salvadoreña letrada...

C. D. de Suárez ante el análisis

0. Introducción

La escritora salvadoreña Carmen Delia de Suárez (1917-2006) habrá pasado a la historia literaria del país en el silencio. Ninguna de las reseñas clásicas describe su carrera periodística ni su única novela intitulada *Cuando los hombres fuertes lloran* (1976) (véanse: Gallegos Valdés, 1981, Meza Márquez, s/f y Toruño, 1951). Tampoco los libros de historia informan de su quehacer como columnista y directora del suplemento “Hablemos” del prestigioso periódico conservados *El Diario de Hoy* a partir de 1960. Un trabajo de archivo en las bibliotecas nacionales está aún por realizarse. Ante la imposibilidad de llevarlo a cabo —por cuestiones financieras y de salud— anticipo una lectura crítica de su novela para estimular el rescate de su obra olvidada en los

archivos nacionales. En seguida se ofrece un resumen de la trama de la novela, al igual que del itinerario del ensayo.

Cuando los hombres fuertes lloran ofrece una visión casi auto-biográfica de la caída del general Maximiliano Hernández Martínez en 1944. Se divide en veinte y ocho capítulos sin numerar. La novela narra la manera en que se organiza un movimiento de oposición a un régimen que anhela perpetuarse en el poder, por un cuarto período presidencial, luego de trece años de gobierno dictatorial (1931-1934; 1935-1939 y 1939-1944). El desacuerdo a su jefatura lo organiza un movimiento urbano compuesto por miembros de su propio gabinete, altos mandos del ejército y profesionales de la clase media. Para frenar la insurrección, el doctor José Tomás Pérez Dárdano —alter-ego del general Martínez— reprime con saña la intriga que intenta derrocarlo.

El texto de la novela destaca el quehacer político del capitán Diego Barrundia. Debido a la represión despiadada, escapa de la capital vestido de mujer bajo la guía de un indígena quien, confesando su temor, se niega a conducirlo hasta un lugar seguro. La indumentaria señala el carácter transgresor y el desacato a la autoridad. No hay cambio de régimen sin un canje semejante a nivel del género. Durante el viaje, Barrundia entra en contacto con pueblos campesinos y originarios, los cuales contrasta con los modales urbanos por sus costumbres, atuendos y apariencia física. Su estadía en el campo verifica muchos prejuicios urbanos sobre el primitivismo que reina en los pueblos, ante todo, constata la violencia entre iguales. En su recuerdo perduran las imágenes de los cadáveres que pululan en las calles de la capital —sus colegas insurrectos— y las figuras de quienes se refugian en la Iglesia del Crucificado, cuyo arrojo lo contrapone al desaliento campesino.

Huyendo de las patrullas militares, se refugia en un pequeño poblado en el cual encuentra a dos personajes que se distinguen por su color de piel blanca: Magdalena Cienfuegos y León Zapata. La primera es una prostituta que vende alcohol de pueblo en pueblo y, azuzando el deseo masculino, propaga el

desorden entre los hombres; el segundo, un forajido a sueldo. Con Cienfuegos comparte una noche de amor tumultuoso, mientras Zapata sustituye al guía indígena que lo abandona por temor. Ambos personajes destacan por su distintivo de raza en el campo salvadoreño, al igual que por un sino trágico que los obliga a salir de la ciudad. Son víctima y victimario de la violencia doméstica. A Cienfuegos la expulsa su propia madre de casa, luego de ser violada por su padrastro. Zapata asesina a su amor juvenil al verse rechazado.

En los pueblos vecinos al refugio de Barrundia, el ejército realiza incursiones de reprimenda y de tortura para intimidar a la población que desee unirse con los insurrectos. Entretanto, en la ciudad, la madre del dictador, doña Catalina viuda de Pérez, intercede a favor de los condenados a muerte. Un trasfondo trágico y fratricida se apodera de la represión. Su primogénito —hermano del tirano— y su nieto se hallan implicados en un golpe de estado fallido que dirigen oficiales en su mayoría. Ante la negativa del presidente a indultar a los miembros más cercanos de su propia familia, su madre muere de aflicción. El Consejo de Guerra le exige a Pérez Dárdano que sea implacable en la ejecución de la condena. No podría conmutársela a sus parientes sin que los otros sentenciados salgan libres. En la Iglesia del Crucificado —en el Calvario de la oposición— se asilan los refugiados; entre ellos sobresale Mariana Cienfuegos, como una de las escasas figuras femeninas de la revuelta. Acaso alter-ego de la escritora, huérfana de desde niña, Vasconcelos crece en un hospicio sin saber nada de su origen familiar. Su curiosidad intelectual le asegura becas de estudio en colegios privados hasta completar la carrera de enfermería. Ocupa puestos de prestigio por sus servicios clínicos. A la muerte de un colega, el médico Gabriel, jura matar ella misma al doctor Pérez Dárdano.

La represión contra los revolucionarios se agrava. El propio Director de la Policía dirige comandos a los pueblos que militarizan el agro. No sólo encarcela a sospechosos inocentes. También, en escarmiento, los tortura sin

clemencia para obligarlos a hablar y descubrir los planes revolucionarios. Destaca el teniente Pedro Merino a quien humilla con una golpiza que tatúa la ley y el orden en su cuerpo magullado. Las acciones represivas cobran un giro de secuestro colectivo. Se prosiguen fusilamientos en masa que rayan en el fratricidio y el cierre de las fronteras para evitar que escapen los sublevados. Al hijo del dictador —el capitán Francisco Pérez Chávez— se añade el caso de una segunda cabecilla femenina, Chele Ticas, quien reconoce a su hermano en el pelotón de ejecuciones. Se decreta una orden de captura contra todos los familiares varones de los ajusticiados mientras, en un *Stabat Mater* sinfín, las mujeres sollozan en coro el destino de sus allegados. La oposición política contra el doctor Pérez Dárdano se organiza en la finca del doctor Luis Alfonso Orúe, miembro del Gabinete de Gobierno. Participan altos mandos del ejército, como la aviación, banqueros, gente acomodada, etc. , quienes amparados en el deber patrio se arrojan la prerrogativa de defender las libertades del pueblo.

En su fuga descontrolada, a los inculpados a muerte los ampara el sacerdote liberal Mario Mansilla quien, personalmente, intercede ante el arzobispo, Monseñor Domingo Santillana y Delvalle, para sacar de la ciudad a la propia Vasconcelos, junto a un amigo torturado, David Morales. A Morales y a la guerrillera con faldas, los visten de religiosos y los encajonan vivos junto a paquetes de libros, a manera de ataúdes para disfrazar la huida. Varios capítulos de la novela describen la saga de los diversos grupos revolucionarios que escapan de la capital: Barrundia y sus allegados, un comando de la aviación y, en fin, el de Vasconcelos guiado por David Morales. Al primero lo salva el conocimiento que posee Zapata del campo salvadoreño; al grupo del avión que se desploma en plena selva, su temeridad ante los animales salvajes que les sirven de alimento; a Vasconcelos, evadir los retenes militares y salvarse de un vuelco en un barranco hasta escalar una loma empinada cerca de la frontera. En esta odisea entran en contacto con poblaciones indígenas que consideran primitivas por sus costumbres ancestrales. Constatan las atrocidades del régimen en los cuerpos mutilados y

semi-desnudos, la horca, los fusilados y las piras de cadáveres. Ante todo, comprueban la indiferencia de muchos pueblos ante el movimiento revolucionario contra el dictador. Pero, a la vez, se generan conflictos entre ellos mismos al confesarse viejos amoríos con sus esposas respectivas y por robos recíprocos de dinero en efectivo que guardan escondido al huir.

En una acción desesperada la oposición le asesta un golpe mortal al gobierno. Organiza un exitoso secuestro colectivo en la finca del doctor Orúe, de quien nadie sospecha una traición al régimen. Retienen a catorce rehenes prominentes para solicitar la renuncia misma del presidente. El Gabinete en su conjunto le aconseja entregar el mando. En la misma reunión se decide escoger al coronel Adolfo Claros Márquez como nuevo mandatario. Investido, decreta una amnistía general que propicia el regreso de todos los sublevados, quienes reciben el indulto de sus propias manos. Concede un plazo de ocho meses para elegir un nuevo presidente de manera democrática. Al capitán Barrundia se le solicita que sea candidato. Con el apoyo de intelectuales, adinerados y un setenta por ciento de las masas resulta electo, lo cual desborda la alegría popular en las calles. A Mansilla y Morales se les ofrecen cargos oficiales. El resto de gabinete es el mismo del Claros Márquez. Las reformas sociales y económicas impulsan un bienestar económico y político.

Años más tarde —en obvia referencia al retorno del general Martínez en 1955— el doctor Pérez Dárdano intenta regresar al país. Ante la duda de Barrundia, sorprendentemente, en su despacho recibe la visita de una indígena, la nodriza que lo cuida y alimenta en su niñez. Ella le revela el secreto inesperado de su origen. El ex-dictador es ni más ni menos que su padre biológico, de quien jamás tiene noticia. Le permite la entrada que sacude a sus antiguos enemigos, entre quienes se cuenta a Vasconcelos. Como médico en funciones, la llaman para que acuda a operar de urgencia a un connotado enfermo. Acepta dirigir la cirugía del ex-presidente. Pero en el camino al hospital, duda entre salvarlo o vengarse de los crímenes genocidas. Durante el trayecto, recobra la historia olvidada de la mayor matanza ocurrida en El

Salvador durante la primera mitad del siglo XX. Piensa en el etnocidio de 1932 cuando —luego de una revuelta indígena instigada por líderes extraños— el gobierno desata una represión militar sin precedente. Los espectros del pasado viven en el presente induciéndola a la venganza. Vasconcelos no cede a la instigación del recuerdo, sino que salva al ex-dictador en un ejercicio intachable de su ética profesional. Pérez Dárdano vive unos cuantos años más y a su muerte recibe exequias dignas de su antiguo cargo, ya que su legado subsiste en las reformas de Barrundia, su hijo ilegítimo. La novela concluye con la investidura de nuevos oficiales del ejército. Entre los nuevos comandantes se condecora a Magdaleno Cienfuegos, en quien se reconoce el nuevo presidente. Recuerda el incidente con la prostituta durante su huida y, en un silencio sepulcral similar al que guarda con respecto a su padre biológico, observa cómo su legado se perpetuará en el futuro.

...

A continuación, se ofrece un análisis de la novela que destaca su contribución a los estudios de género. En vez de enfocarse en el hecho político en sí —la caída del dictador— lo relaciona al travestismo inicial de Barrundia. En las dos primeras secciones, se explica una posible razón del olvido de Suárez. La historia salvadoreña se centra en lo socio-político y en lo económico, en detrimento del cuerpo sexuado de los agentes históricos. La propuesta central del ensayo consiste en rescatar ese cuerpo, vivo en su deseo, que Suárez insinúa como testimoniante de un cambio político del cual es protagonista. De su vivencia destaca un marco bíblico que relata la lucha por el poder como enfrentamiento entre hermanos enemigos. En ese desafío entre iguales, se intenta descalificar al oponente remitiéndolo a lo femenino. De ahí que Barrundia huya al inicio, avergonzado, vestido de mujer. La política es una esfera masculina y, por lo tanto, el afeminamiento del rival lo desacredita de su ejercicio. En un mundo en el cual la apariencia sustituye la esencia, el vestido no sólo clasifica el género, sino determina la jerarquía social y el rango evolutivo de los grupos sociales. El valor del aspecto físico explica la

relevancia que cobra el color de la piel, que sitúa a los individuos en un rango evolutivo similar al atuendo. Al igual que el cambio de vestido, el color se oscurece en el vencido con la suciedad del encierro carcelario y en el pigmento oscuro de los grupos subalternos. Para rematar el cambio de género y de estatuto social, se humilla al oponente por medio de la tortura, de la desnudez primitiva y, en fin, de agujeros corporales que lo señalen como perforado e incluso castrado. En esta abertura del vencido surge la figura femenina excluida de esfera pública, salvo como prostituta. La mujer aparece en un coro colectivo que, en un canto de lamentación fúnebre, solloza la represión contra sus familiares, esposo e hijos. Salvo dos líderes femeninas — Chela Ticas y Mariana Vasconcelos—el conjunto de mujeres anuncia su exclusión. En el desenlace final de la novela, la mujer pública queda reintegrada a los asuntos nacionales en el momento en el cual —investido como presidente revolucionario— Barrundia advierte una doble verdad lacerante. Es hijo ilegítimo del dictador a quien sustituye en el cargo y su propio hijo —militar también— nace de su relación con una prostituta, Magdalena Cienfuegos, durante su huida inicial. En síntesis, Suárez nos obliga a pensar el cuerpo como hecho político y distintivo social. Del cuerpo pigmentado por nacimiento se transita al cuerpo vestido según las convenciones culturales del grupo social y de la jerarquía del individuo, hasta culminar en el cuerpo horadado y mutilado del vencido, a quien se le degrada a un papel femenino fuera de la esfera política.

I. Preludio

Embebida en los patrones culturales “de un lugar del Nuevo Mundo”, la salvadoreña Carmen Delia de Suárez cuestiona lo que sucede al violar ciertos moldes sociales (Suárez, 1976: 9). Toda infracción se condena bajo diversas sanciones. Hay cárcel, castigo físico, exclusión social, etc. Hay degradación de género siempre acallada. Hay tragedia fratricida y parricidio. En su única novela *Cuando los hombres fuertes lloran* (1976), la transgresión provoca el exilio del personaje principal y la represalia militar. «Los del Gobierno»

prácticamente barre[n] a los de abajo, a punta de bala» (Suárez, 1976: 12). “El sacrificio”, “los campesinos” lo padecen por un simple desacato a la autoridad que lo censuran las armas (Suárez, 1976: 227).

De aplicar la convención —el patrón crítico en boga— la novela agotaría su temática en la represión armada y en su justa resistencia. De la manera más obvia, describe el descalabro político de un régimen tiránico. Para mantenerse en el poder, organiza una violencia militar sin precedente que castiga severamente al insurrecto. Suárez testimonia el movimiento de 1944, cuando la presidencia del general Martínez intenta prolongarse por la fuerza de las armas. La autora ofrece uno de tantos documentos —en forma novelada— que la historia actual tacha al construir una versión racional y verosímil del pasado.

No todos los agentes históricos califican como testimoniantes a la hora de reconstruir los hechos pretéritos desde la distancia. La verdad histórica no la fundan una vivencia ni un “recuerdo vivido” (Suárez, 1976: 256). La establece una lectura remota que hace de los fantasmas presentes hechos del pasado. De las palabras, cosas. Y, en breve se analiza, la apariencia social se vuelve materia natural. “Los cadáveres” que se “entresacan del recuerdo” son los espectros del presente (Suárez, 1976: 256). Son “los muertos” que “no dejan dormir en paz”; sus despojos cimientan un universo cultural (Suárez, 1976: 285). De los demás —de los muertos ajenos— nadie se preocupa.

II. Simulacro

En el siglo XXI, la elegancia y la claridad del simulacro dictan el postulado básico de las ciencias sociales. Por una razón virtual, la documentación primaria la selecciona el arbitrio de la teoría. No sólo las fuentes se reducen al mínimo. También los enfoques se restringen para que la información no sature al lector ingenuo. La convención histórica —el pacto testimonial— exige considerar al agente histórico como sujeto incorpóreo, asexuado y carente de

deseo. Si existe el género, por conformismo teórico, siempre se sitúa en el zenit o en el nadir de una dualidad juzgada inmutable. Al extremo opuesto de lo varonil se refiere lo femenino. No habría transición posible entre los antónimos que se estiman naturales e invariables.

Desde Comala, al borde exterior de toda tradición naturalista —petrificada— no rastreo lo evidente. No investigo la manera en que un régimen dictatorial se mantiene en el poder por la represión militar indiscriminada contra todo opositor. Tampoco indago el acto heroico de resistencia contra tal opresión. Los historiadores políticos descubren esas esferas con mayor profundidad que la mía. Salvo que olvidan el elemento trágico —fratricidio y parricidio— cuyo modelo bíblico revivido lo revela Suárez. Los historiadores recuerdan los hechos; pero desechan la vivencia de sus actores y a su manera originaria de narrarlos la califican de ficción.

II. I. Recuerdo vivido

Suárez le llama Caín al prototipo del reaccionario quien ejecuta o destierra a su hermano Abel —bajo la venia de su padre, Adán, el dictador— para prolongar el *status-quo*. Y Eva —como los personajes femeninos de la novela— sólo llora y se viste de luto ante los cadáveres. De triunfar la revolución, el ideal utópico revertiría la “tragedia colectiva” (Suárez, 1976: 95). Del parricidio generalizado se vuelca en un acuerdo de paz que trasciende el diferendo mortal. Tal es el testimonio de Suárez. Tal es el mito que funda la historia. Que tacha la historia al sustituir una teoría abstracta —la lucha de clases, conflicto étnico, relevo en el poder, etc.— por la vivencia narrada de los sujetos que viven los hechos.

Ante el encubrimiento, la intención consiste en develar el cuerpo vivo del agente histórico. Develar no significa *re-velar*: volver a taparlo, encubrirlo. Por lo contrario, el develamiento anhela quitarle el velo para observar como la historia se tatúa en su desnudez. Hay que escuchar a los sujetos históricos

pese al desacuerdo de un siglo XXI desconfiado de sus antecesores. A esa desnudez trágica —cuerpo sexuado— la historia convencional la esconde o lo naturaliza. Sea por un carácter mojigato, sea por su índole biológica, la carne-viva (*flesh/chair*) se excluye de la escritura de la historia.

III. Del afeminado

Una máxima de género determina que toda excepción de lo binario sea una afrenta. En una sociedad tradicional, no se autorizan anomalías. Toda injuria recibe su castigo y conlleva secuelas estrictas. La desobediencia a la autoridad se traduce en transgresión sexual. El cambio político conlleva una ambigüedad que se inscribe en el cuerpo vivo de los agentes históricos. “Los hombres no lloran” y si lloran cambian de género (proverbio popular). Se vuelven amujerados, en una traición crasa a su antigua estirpe de varón. Así lo insinúa el título mismo de la novela de Suárez: *Cuando los hombres fuertes lloran* (1976), esto es, cuando lo viril se doblega hacia lo femenino.

De manera explícita, el refrán lo resuelve el primer párrafo. Como la menstruación, la lágrima gotea un humor de hembra. Recubre de un sesgo mujeril a quien la segregue. Lo despoja de todo vigor. “Cuando los hombres fuertes lloran” —asegura la autora— no sólo se mueven “con gesto amanerado” (Suárez, 1976: 10). Cambian su comportamiento varonil habitual. Aún más, su conducta la guía un neto carácter “afeminado”. “Dios [...] nunca llora”, ya que de hacerlo su divinidad decaería (Suárez, 1976: 7). Por el llanto, el hombre se vuelve un verdadero travesti, tal cual lo anuncia su “disfraz de mujer”, “los tacones altos” y engorrosos (Suárez, 1976: 9). A penas le permiten caminar “con equilibrio” y compostura. Su indumentaria lo convierte en “una mujer de fisonomía ruda y maquillaje excesivo” (Suárez, 1976: 10).

La indisciplina rebelde degrada al hombre a la condición socialmente inferior de hembra. Ya se verá que las mujeres no hacen política. La política es una cuestión de hombres. Aun sea fugaz, la ambigüedad sexual del oponente lo

descalifica de la esfera política. Equivale a su muerte, al exilio, a su incapacidad en la gestión de los asuntos públicos. El enemigo califica al hombre que jamás alcanza el ideal masculino y permanece anclado en una hibridez bisexual.

IV. Género y vestido

El atuendo no representa un simple agregado social que, arbitrariamente, se sobrepone a una naturaleza inmutable. Por lo contrario, la ropa establece una identidad no sólo de género, sino también de índole étnica y de rango evolutivo. En contraste al desarrollo urbano, “en el campo”, “el indio” es “muy feo” (Suárez, 1976: 10). Su estética define la falta de progreso que la novela le asigna a su tradición cultural, tan inmóvil como el paisaje natural. “Vivían práctica y espiritualmente en el siglo de sus antepasados” (Suárez, 1976: 122).

“Todavía usaban taparrabos según rumores esparcidos para dar idea exacta de lo salvaje que eran por allí” (Suárez, 1976: 124). Además hay “ropa campesina” que se distingue de ambos ajuares (Suárez, 1976: 48). Hay ropa militar, “armas [...] pegadas a la piel” como poros del cuerpo, “ropa de preso”, “sotana de buena tela”, etc. (Suárez, 1976: 122, 96). Los tres grupos —indígena, campesino y urbanos— pertenecen a una misma nación, pero no se reconocen como contemporáneos. Se observan como vecinos que no “viven” en el mismo “siglo” (Suárez, 1976: 121). El estilo de arropar el cuerpo instituye una jerarquía en la evolución humana. Las autoridades militares y eclesiásticas testifican del rango que les otorgan las insignias.

V. Testimonio fiel I

No interesa si el personaje perciba por sí mismo la vida diaria de las comunidades de la frontera. Interesa que los rumores se consideren verdades de hecho. La vivencia posterior —como toda hipótesis certera— sólo verifica el

prejuicio. En el indígena, la apariencia expresa a “un cobarde como éste”, su carácter pusilánime, su “vocabulario soez y mandón” (Suárez, 1976: 15). La verdad inmediata del testimonio no se juega en una experiencia directa en el campo. Tal cual lo anticipa Suárez, se trata de un acto de lectura distante que hace del dicho público un hecho histórico. De las palabras convencionales, objetos tangibles; y como en “las vergonzosas ropas”, la apariencia se vuelve esencia cultural y esencia de género (Suárez, 1976: 11). (1)

V. I. Testimonio fiel II

La prueba del primitivismo campesino la verifica el personaje principal, quien travestido ingresa al campo: Diego Barrundia. En las poblaciones más remotas constata el ejercicio de la violencia horizontal —la violencia entre iguales— como patrón cultural en boga. “En ese pueblo el noventa por ciento de los que descansan en el cementerio, fueron muertos a filo de machete (Suárez, 1976: 21). Casi todo hijo de vecino, por cualquier tontería, se le iba encima a otro para abrirlo de un tajo...” (Suárez, 1976: 21). Hay luchas entre pueblos indígenas vecinos “medio siglo [...] peleando el límite de la mitad del río”, por el control de las aguas (Suárez, 1976: 123). Las aguas plateadas se vuelven rojas de sangre.

La cuestión iría de por sí, pero la misma práctica fanática caracteriza el ambiente político urbano a describir en seguida. “El hombre, en la selva o en la guerra sólo era esto: un animal superior” en su sofisticada forma de matar (Suárez, 1976: 221). Sólo un fuerte pigmento de la piel —blanco, canela, moreno, negro— opaca a veces el vestido. La conciencia de raza establece distinciones tan estrictas que diluye toda otra diferencia. Un bandolero blanco se vuelve el guía del héroe en su fuga por el campo.

“Mujercita blanca”, “hombre blanco criminal [pero] distinto, cariñoso”, “ojos azules”, “piel canela [de] los indios”, “piel bastante oscura”, “labios abultados”, “negrito de pelo rizado”, etc. (Suárez, 1976: 19, 96, 92, 129 y 103). Son

algunos tipos raciales que describen un cromatismo jerárquico de lo claro hacia lo más oscuro. El color de la piel —rasgo inmediato de la raza— cambia “al color terroso”, sucio e inferior en los encarcelados (Suárez, 1976: 81). Como en la ropa, lo inmediatamente perceptible al ojo, el aspecto, posee una mayor relevancia que cualquier rasgo invisible. El ser humano es la apariencia que jamás engaña; el hábito que hace al monje. Si para la identidad cuenta ante todo la ropa; para la raza, el color. El genoma, el ADN, los sistemas de defensa a las enfermedades, etc. pasan desapercibidos ante la fachada exterior.

VI. Política de género

En tanto categoría política y cultural, el género no procede únicamente de una predeterminación biológica inmutable. Tampoco, necesariamente, se trata de una opción personal, como lo pensaría el lector contemporáneo. Sólo una “puta” se concede el lujo de afirmar que “yo puedo hacer con mi cuerpo lo que me da la gana” (Suárez, 1976: 22). En su cuerpo se tatúan los intercambios más elementales que hacen de la mujer una mercancía masculina.

Para el ciudadano honrado y común, el género establece una instrucción social que constituye al individuo como sujeto. En el personaje principal, Barrundia, la opción política es simple: la muerte o el travestismo. Si no adopta “actitudes ridículas” femeninas, se le depara el “sacrificio” (Suárez, 1976: 10). Los oponentes al régimen se congregan “en el sótano de la Iglesia del Crucificado”, en símbolo religioso de su opción política. Su alternativa la cifra la muerte o la huida (Suárez, 1976: 12). En ambos casos se vaticina un travestismo. Narrada anteriormente, no hay fuga sin aceptar una condición femenina, tildada de grotesca, aun sea momentánea.

Tampoco existe la muerte sin una metamorfosis de género semejante. El símbolo del sacrificado es el del horadado. El “sacrificio de su muerte” implica verse como cadáver, “perforado por ametralladoras”, en una pila de cuerpos,

“pecho al aire”, listos para “darles fuego” (Suárez, 1976: 218 y 272). No sólo los orificios identifican a “los sacrificados” como una categoría singular. También los castigos y la “ejecución en masa” imponen una transfiguración del “rostro de los muertos” (Suárez, 1976: 221). El “sopapo que lo dejó tendido en el suelo” altera el cuerpo magullado de la víctima (Suárez, 1976: 131).

De los “golpes y puntapiés que le daban” el preferido es “la patada en las nalgas” o la “patada en la cabeza” (Suárez, 1976: 55, 31 y 57). Es sabido que el antónimo del oponente se llama *sober-ano*, “el de arriba”, quien afirma su autonomía en relación al cuerpo del otro, “el de abajo” (etimología olvidada de lo soberano). Tal deshonor la completa el “despojarlo de su clásica indumentaria, incluyendo zapatos y relojes” hasta dejarlo “en ropa interior, ombligo abajo” (Suárez, 1976: 71). Los traidores mueren “de espaldas a los fusiles”, como “aves desplumadas” ante el “cazador”, para que las balas los perforen por atrás y los “humillen” (Suárez, 1976: 71). Estos casos de tortura los remata la castración del vencido. “Uno que otro cadáver tenía mutiladas las partes nobles y algunos mostraban grandes agujeros [...] ensartados como peces al aire para ser disecados” (Suárez, 1976: 122). El cuerpo a cuerpo de la batalla política aplica leyes culturales rígidas que transforman la identidad de género del sentenciado.

VI. I. Travestismo

El hombre que huye se reviste de mujer. Quien permanece en la lucha política despiadada sufre diversos cambios en la constitución corporal. Padece la tortura que tatúa en sus “nalgas” el signo de su oprobio, según el término salvadoreño coloquial para el homosexual pasivo, “culero” (Suárez, 1976: 31). Un término semejante en su vulgaridad se refiere a la mujer como objeto del deseo masculino: “buen culo”. Al sentenciado a muerte se le desnuda antes de la ejecución para destituirlo de sus atributos culturales. Se le remite al impudor natural en anuncio de su pronto retorno al reino animal y, luego, al inorgánico.

Durante la ejecución, su cuerpo se perfora para dar cabida a las balas que inscriben su hado fúnebre. Por último, revestido de orificios, se le mutila para guardar su cadáver como un manuscrito que testimonie la derrota. El travestismo, la tortura, la desnudez, la perforación y la castración indican el destino del vencido, esto es, la política contra el “afeminado” (Suárez, 1976: 217). Que las ciencias políticas y la historia opten por acallar el cuerpo, su silencio no significa que exista un agente histórico incorpóreo ni asexuado.

Por lo contrario, la huella primaria de lo político se graba en carne-viva de la víctima. Todo cadáver lleva escrita la historia nacional y en sus huesos perforados se cifra una arqueología. Arqueología significa el principio (*arkhe*) del verbo (*logos*), un tratado (*logos*) de los orígenes (*arkhe*). Tal es el testimonio fiel de Suárez que adrede esconden las ciencias sociales del siglo XXI. El cadáver equivale a “un libro grueso y pesado que cae desde gran altura” (Suárez, 1976: 130). En su desmembramiento se levanta la Biblioteca Nacional.

VII. Pueblo desunido

La convención sociológica imagina una resistencia popular combatiendo una dictadura que se prolonga por años en la injusticia. La consigna política del presente —un pueblo unido contra el opresor— se imaginaría como hecho histórico del pasado. El imaginario político de Suárez difiere sensiblemente de ese ideal que se proyecta hacia el siglo anterior. En primer lugar, el pueblo no sólo se halla dividido en estamentos étnicos y raciales que impiden su unidad de hecho. También difiere en su apoyo al gobierno o a la revolución.

Ya la ropa testimonia que no se vive en las esencias biológicas, ni en las sociológicas de clase. Se vive en las apariencias culturales que recubren lo real. En ciertas zonas rurales, al pueblo le resulta indiferente un cambio político cuya lucha por el poder casi sólo afecta a los grupos urbanos. Al igual

que en la violencia doméstica y de género —Magdalena Cienfuegos, violada por su padrastro; inculpada por su madre— Suárez ofrece una visión lúgubre de lo popular. Destaca la apatía ante la sucesión presidencial.

“La gente sentada en el suelo, o en cuclillas, conversando tranquilamente, daba la impresión de no conocer los rumores de la guerra [...] lo único que le interesaba a esa gente era el pan de cada día y sus ásperos amores [...] no les importaba si eran gobiernistas, rebeldes o neutrales; para ellos todos eran iguales” (Suárez, 1976: 195). “Las libertades del pueblo” no las defiende el pueblo (Suárez, 1976: 63). La oposición al gobierno despótico caracteriza un movimiento urbano con un arraigo mínimo en el campo. “Son noventa oficiales quienes han planeado el golpe” y “los civiles que” los acompañan (Suárez, 1976: 37). Todos “los adeptos” al cambio se conocen y conspiran “sigilosamente en la casa de campo” de un rico ministro del propio gobierno (Suárez, 1976: 62). Acuden personalidades de prestigio —banqueros, alto mando del ejército, etc.— los cuales actúan por “deber patrio” (Suárez, 1976: 73). Suárez describe una violencia horizontal entre iguales. Los cambios en el poder —ejecutivo y legislativo— denuncian el control de los asuntos políticos por el mismo grupo hegemónico, social y económicamente.

VIII. Política, esfera viril

Esta caracterización —sociológicamente acertada— podría agotar los hechos. Pero los hechos eluden la vivencia de los participantes. El grupo de control conforma una red estrecha —bastante elemental— del parentesco. Como en la horda primitiva freudiana, los varones se disputan la tenencia del cuerpo femenino. El monopolio de la hembra le pertenece por derecho inalienable al Patriarca, hasta que los hijos se rebelan para denunciar sus desmanes.

A la figura femenina bajo forcejeo, Suárez la llama “aquella hembra vacuna: la nación”, cuyos senos, “ubres vacías”, deleitan a los machos (Suárez, 1976: 63). La lucha por el poder expresa el litigio fratricida entre varones

emparentados por controlar una imagen femenina: la democracia, la libertad, la nación, la revolución, etc. Si el tirano no copula materialmente con todas las mujeres –según el mito freudiano— de él se tiran los ideales más nobles. Del déspota se deducen las efigies abstractas del cambio, antes mencionadas, es decir, la nación como objeto de intercambio entre los varones.

A las víctimas inmediatas del régimen dictatorial, Suárez las identifica como “tu hermano”, “¡mi propio hijo! Y mi propio sobrino!” (Suárez, 1976: 39). “Mi único hijo” es “un traidor de la patria” (Suárez, 1976: 39). A los miembros de su propia familia, el dictador los reconoce en la “lista de los condenados a muerte” (Suárez, 1976: 38). “Doña Catalina, su madre, no pudo sobrevivir a la muerte de dos seres” tan cercanos, ante todo su “primogénito” (Suárez, 1976: 40). Y en “la sentencia definitiva, que ponía a veinte oficiales y cuatro jóvenes civiles, frente al paredón”, figura un familiar del “capitán Castillo”, quien dirige “el pelotón de fusilamiento” contra “los traidores” que mueren “de espaldas a los fusiles” (Suárez, 1976: 43).

La “tragedia colectiva” convierte la represión en un parricidio interminable (Suárez, 1976: 45). “Los de arriba” se hallan emparentados o son “viejos amigos e íntimos” del patriarca (Suárez, 1976: 50). Pese a la consanguinidad, su destino de rebeldes les augura ser “pasados por las armas, descoyuntado o aventados al otro lado de la frontera” (Suárez, 1976: 57). Hay un “secuestro colectivo” de familiares (Suárez, 1976: 65 y 187). “Adelante, querido, que siempre seguiremos siendo hermanos”, profiere “Chela Ticas, enfermera, la primera mujer que moría ajusticiada” (Suárez, 1976: 178). Ella sella un soricidio único. Se “giran órdenes de captura contra todos los familiares varones de los oficiales fusilados, para ser muertos sin juicio” (Suárez, 1976: 183).

VIII. I. Figura paterna

Al “triumfo de la revolución” —luego de la “amnistía general” y de “elecciones completamente libres”— llega al poder el capitán Barrundia (Suárez, 1976: 243). Al líder renovador, la revolución le propone un ritual de iniciación que transforma su identidad. De ser el objeto represivo del Patriarca se convierte en nuevo Patriarca progresivo. En el gobierno promueve “una serie de reformas sociales y económicas” que hacen avanzar “al país” hacia “un grado de bonanza envidiable” (Suárez, 1976: 271). Su carácter generoso lo demuestra al recibir la visita de una “india bastante arrugada de la cara [...] descalza”, “su nodriza, la nana” (Suárez, 1976: 277).

Ella le devela la identidad del antiguo presidente, “la fría verdad como una sentencia de muerte” (Suárez, 1976: 279). El dictador es su padre. Como sujeto de la historia, al líder revolucionario lo constituye el habla que le dirige la Otra: “¡Dieguito! ¡Mi niño!”. Yo —quien “te alimenté con leche de cabra, pan y queso”— te descubro el origen: “quien fue tu padre”. “Los padres —le confiesa “la india”— eso es cosa de Dios” (Suárez, 1976: 277). Nadie decide nacer ni dispone el legado familiar que hereda en sino irrefutable. Se trata de un secreto que “no podría proclamarlo ante la faz del pueblo” (Suárez, 1976: 280). El cambio se percibe como un relevo generacional, oculto, dentro de la misma familia del Patriarca.

La revolución adquiere el valor simbólico de su legado en la reencarnación sinódica del Padre muerto. La revolución no sólo se decide en el cambio. La resuelve la deuda fatídica con el Patriarca. En el discurso subversivo se “perpetúa” —“petrificada”— la efigie viva del Patriarca luego de sus “altos honores” fúnebres (Suárez, 1976: 298). En el pacto restaurador, el legado acallado del Patriarca sigue vivo en su muerte. Su muerte sustenta la cultura nacional de la progenie viviente, ya que la negación del Padre es la negación del Otro. Al clausurar el Nombre-del-Padre se produce una cultura de la fobia y de la psicosis.

La revolución adquiere el valor simbólico de su cultura en la reencarnación sinódica del Padre muerto. La revolución no se agota en el cambio. La resuelve la deuda fatídica con el Patriarca. (2) Por último, los personajes viven la represión como un parricidio generalizado y sin desenfreno. En Suárez, el ideal revolucionario no sólo se juega a nivel de la política y de la economía. Actúa como freno de la violencia generalizada entre iguales, antes de revertirse contra los otros grupos sociales. La revolución diluiría esa política del fratricidio hacia un entendimiento de las partes hermanadas antes en el conflicto.

VIII. II. Del pasado

También la revolución interviene como razón histórica que facilita el retorno de lo oprimido. Comienzan a “verse sombras” (Suárez, 1976: 285). La conciencia histórica de la represión de 1932 —la historia como saber, no como hecho— sólo aflora a la distancia. En el momento en el que el reformismo militar ejecuta reformas sociales, se escucha “la maldita carreta bruja” con su “carga fatal” (Suárez, 1976: 284). Al igual que “el espantajo” (1954) de Salarrué, sólo el descalabro del patriarca permite la denuncia de sus antiguos familiares y colaboradores. Antes de su caída, “la matanza” excesiva de indígenas al despegue de su presidencia, existe en las pesadillas pero aún no se vuelve palabra (Suárez, 1976: 285).

Sin embargo, persiste en la conciencia una acusación contra los incitadores extraños a la comunidad autóctona en 1932, quienes a la hora de la revuelta “no se les vio por ninguna parte” (Suárez, 1976: 286). Los provocadores jamás asumen su responsabilidad al conducir al pueblo a una levantamiento y, por tanto, al patíbulo de la reprimenda estatal. Para la conciencia del 44, hay una ruptura radical entre su liderazgo decisivo y la cobardía de los líderes extraños de 1932.

IX. De la hembra

Mientras los varones se disputan relamer las “ubres” de la “nación”, la mayoría de las hembras observa el acontecer sin participar activamente en lo público (Suárez, 1976: 63). Como el *patrimonio* nacional, la política es cuestión de hombres. A la mujer le concierne la vida privada, el *matrimonio*: ser hija, esposa y madre. La madre del patriarca muere de congoja ante la condena fratricida de su hijo y de su nieto quienes merecerían el perdón o, al menos, el exilio. “El golpe había sido demasiado rudo para su cansado y afligido corazón” (Suárez, 1976: 40). Ella sólo puede interceder por sus seres queridos. La decisión jurídica es masculina, la de su hijo.

“Unas mujeres sentadas en círculos, lloraban a moco tendido la suerte de sus maridos” ajusticiados (Suárez, 1976: 122). Otro “grupo pequeño de mujeres enlutadas” observa impávido una nueva masacre: un “fusilamiento en masa” secreto (Suárez, 1976: 173). Luego del “ajusticiamiento en masa [...] las mujeres chillaron simultáneamente como enloquecidas y luego cayeron abrazándose a los cuerpos aún calientes de sus desgraciados maridos” (Suárez, 1976: 222). Se encarcela a los varones de las familias sospechosas, mientras las mujeres imploran la indulgencia. Sean mujeres campesinas, indígenas o ciudadanas, la escena de lamentación fúnebre resulta idéntica en su oratorio lastimero. La mujer emerge en la esfera pública, como La Llorona, arropada de llanto ante el cadáver perforado del hombre que ama.

“La Llorona apoda” a toda mujer que solloza “la muerte del marido”, casi siempre de forma trágica (Suárez, 1976: 109). El cuerpo viril se desploma, sajado invariablemente, entre el machete popular y la bala opresiva. En la constitución de una muchedumbre femenina lacrimosa —unida en el réquiem— se resuelve el título de la novela. La verdadera multitud revolucionaria la funda la lágrima al margen de toda decisión política varonil. Hay una tinta testimonial —olvidada e invisible— que reclama al desaparecido.

IX. I. Del deseo

Si la mujer irrumpe de nuevo junto al hombre en la escena pública, no sólo provoca el desconcierto. Propaga “el desorden” al incitar el deseo masculino por el alcohol y por la carne (Suárez, 1976: 23). La mujer “llega a implantar” la anarquía entre los varones (Suárez, 1976: 23). Existen dos cosas públicas: la *res-pública* masculina, la república, y la *res-pública* femenina, las “ubres” (Suárez, 1976:). La primera refiere el modo de producción de la política, la gestión del estado; la segunda, la del deseo, la gestión del cuerpo. Si por la administración estatal se crea el orden legal; por la gerencia de lo carnal, el desorden psíquico.

La civilización y la barbarie se engarzan en la cópula como desbordamiento de lo animal inserto en lo humano. Para Suárez, la humanidad se reproduce en lo bestial. Por “la nostalgia de la carne de hembra”, en la civilización, afloran “los instintos de hombre primitivo” (Suárez, 1976: 25). “La nostalgia del lodo inunda” al hombre educado (Suárez, 1976: 25). Hace que surja lo grosero que esconde en su intimidad. “Lo asqueroso y lo cobarde” yace agazapado en el hombre hasta que se harta de mujer (Suárez, 1976: 25).

La irrupción de la mujer en la vida pública —en la república de los hombres— anuncia el verdadero mal-estado viril de una nación. Se llama violencia doméstica, violación de menores, feminicidio, control del cuerpo femenino, etc. Tantos son los sustantivos en el silencio, pese a la liberación, ya que los libertadores siguen concibiendo a la mujer —objeto de intercambio— como el cónyuge reproductivo. Ella es la garante incondicional de los intereses sexuales varoniles.

Ante todo, la mujer anuncia que el salvadoreño —un hijo de puta— se reproduce en la furia amorosa. En el acto carnal que “lo deja más puerco como jamás lo estuvo” (Suárez, 1976: 25). De esa inmundicia nace la esperanza final de redención política en la novela. Magdaleno Cienfuegos es el hijo del presidente revolucionario y reformador social —Barrundia— con

Magdalena Cienfuegos (Suárez, 1976: 301). “Esta puta” que “se mete con todos”, “mujer pública” violada a “la edad en que las mujeres aún juegan con muñecas” (Suárez, 1976: 22-23). Por tanto, su madre la incrimina por el simple hecho de incitar el deseo brutal del hombre.

Al dorso del monumento al libertador —al Padre de la patria— se esconde el nombre de la Madre de la nación. Se esconde la prostituta. El reconocimiento oficial del héroe-Padre se revierte en el desconocimiento de la puta-Madre. El patrimonio existe sin el matrimonio; la patria, sin la *matria*. “La revuelta, hija muerta al nacer”, la procrean los machos sin la intervención femenina (Suárez, 1976: 63). “Muy padre” y “de poca madre” —en términos mexicanos— evocan la afinidad de Suárez con el hecho histórico fundador de la mitología freudiana (dichos mexicanos populares). La idealización del Padre la compensa el olvido de la Madre. El Patriarca sigue vivo en la muerte, pero la Matriarca carece de nombre y merece el olvido. Su legado máspreciado se encarna en su hijo: el primogénito del presidente revolucionario. Dentro de la agenda de “justicia social” se citan “el reparto justo de la riqueza, reforma agraria”, tantas “nuevas ideas” que exceptúan a la mujer y, con mayor razón, al oponente siempre “afeminado” (Suárez, 1976: 91).

IX. II. Líderes femeninas

De esa caracterización generalizada —Madre/Amante Dolorosa y Madre-Prostituta— hay dos excepciones que hacen la regla. Se llaman Chela Ticas y Mariana Vasconcelos. Ambas confirman la extracción urbana del movimiento revolucionario. Estudian medicina en la universidad. Además, Vasconcelos manifiesta un aspecto inaudito en su identidad: un “guerrillero con faldas”, esto es, el ingreso de lo femenino en una esfera viril (Suárez, 1976: 103).

La primera es enfermera; la segunda, doctora. La una muere ajusticiada; la otra sobrevive para demostrar la nobleza revolucionaria. Aun así, la mujer “se

suma a la revuelta” por la muerte del amado más que por una conciencia social directa ante el “sacrificio de los campesinos” (Suárez, 1976: 227). Ella atestigua la tesis freudiana que el amor se arraiga en el fundamento de la cultura. La dignidad política de Vasconcelos —“cabecilla del grupo de mujeres”— la clausura el “salvarle la vida” a su enemigo, el dictador (Suárez, 1976: 45 y 291). Pese a “acordarse del pasado” —“la matanza”, en su versión del 44— al conducir su Mercedes Benz camino al hospital, decide operar al débil tirano para que “se dedique de lleno a las labores del campo” en “un país vecino” (Suárez, 1976: 295).

IX. III. Del amor al enemigo

Por ese acto de amor (*amare, no diligete*) al enemigo (*hostis, no inimicus*), el propio Patriarca advierte que su espíritu pervive en la revolución (doble sentido original de las palabras). Quienes lo odian sin saberlo rescatan a su único hijo vivo —a su nuevo primogénito— como emblema de la revolución. El desprecio al dictador culmina en el amor popular a su legado filial. Así muere, como el padre freudiano, en la tranquilidad de saber que su obra perdura en la cultura nacional. Perdurará en las imágenes interiorizadas por la revolución misma. “Su hijo único a quien el pueblo amaba” simboliza la continuidad del cambio (Suárez, 1976: 162). La revolución lleva impresa la nostalgia del padre, tótem primordial.

X. Coda

La hipótesis central es simple. El cuerpo biológico del ser humano se halla inmerso en la historia política y en la historia social de un territorio geográfico determinado. La acción política modifica las funciones orgánicas de sus actores.

Primero el cuerpo humano nace pigmentado. No interesa si los rasgos visibles sean los únicos atributos que la antropología elija para definir las razas

humanas. Interesa que la cultura salvadoreña seleccione la evidencia visual —color de piel, pelo, labios, etc.— sin atender lo imperceptible: genoma, tipo sanguíneo, inmunidad a las enfermedades, etc. Una cultura se define por una selección arbitraria de ciertos aspectos de lo real. Las propiedades elegidas, la cultura salvadoreña las organiza en una jerarquía de lo superior a lo inferior como de lo claro a lo oscuro. Presupone que de la luz que ilumina los tipos humanos se rebajan hacia las tinieblas que ensombrecen lo social. Por tal motivo de rango, la “piel blanca” de un bandolero y de una prostituta se considera —aún por su prestigio y su temple de “cariño”— superior a la de cualquier “indio” y “negro” (Suárez, 1976: 18-19).

En segundo lugar, el cuerpo desnudo se reviste según convenciones culturales estrictas. Desde el inicio Suárez describe la “vergüenza” que conlleva el travestismo de un hombre (Suárez, 1976: 10). Diego Barrundia —hijo del dictador y futuro presidente revolucionario— escapa a la furia opresiva disfrazado de mujer. El enemigo se identifica a un género socialmente inferior al huir de la ciudad. Su nuevo ropaje lo descalifica de la esfera política, monopolio de los hombres. Al sujeto histórico, el vestido le asigna una ley social similar al nombre de pila. Igualmente, la desnudez de “Eva en el paraíso” sólo describe a la prostituta y, acaso, a los condenados a muerte cuyo destino les depara lo inorgánico (Suárez, 1976: 24). Le prosigue la semi-desnudez del “taparrabo” como símbolo de “lo salvaje” (Suárez, 1976: 10). Quizás por tal razón, el enemigo condenado a muerte “se queda en ropa interior” para anunciar su bajo nivel civilizatorio (Suárez, 1976: 71). Sus antónimos los manifiestan los uniformes militares y los atavíos eclesiásticos que marcan jerarquías sociales y de género estrictas.

Por último, en el cuerpo del insurrecto —del “afeminado”— se inscribe la ley del *sober-ano* (Suárez, 1976: 217). Su *sober-bia* utiliza al enemigo como pergamino para escribir la historia. El cuerpo sexuado es un libro; la tortura, una *escritura* jeroglífica primordial. Al inicio la cifran los golpes, las patadas y las bofetadas, cuyas letras vocales se llaman moretes, heridas, y las



consonantes, quebraduras. Aun si la historia política urbana las ignore, los huesos de los desaparecidos yacen bajo tierra para recordar que su disco duro permanece tatuado en las letras de una *archi-escritura*. Se trata de una herencia descarnada que la nación recibe de manera tan dolorosa como el propio terruño exfoliado. Se heredan los cuerpos mutilados —cadáveres castrados, horadados— y la tierra depredada que los sepulta.

Para concluir, sólo exijo que una presunta teoría crítica como el marxismo sea congruente con su propio índice de materialismo histórico. No hay reflexión sobre la materialidad humana si el cuerpo sexuado se abstrae del acontecer político y social. Tampoco hay historia si una teoría del siglo XXI omite la documentación primaria incómoda del pasado. Tilda los recuerdos vividos de ficciones para descalificar a los actores sociales fuera de la escena del análisis científico. Reclamo un materialismo que juzgue los cambios del cuerpo humano inscrito en la historia de los pueblos. Solicito un materialismo histórico que investigue las fuentes primarias, por un trabajo historiográfico sin tachaduras. Sin quema selectiva de los atormentados archivos nacionales. Los fantasmas de presente jamás abolirán las huellas óseas del pasado.

© **Rafael Lara-Martínez**

.

Notas

- (1) El requisito de trabajo de campo de la antropología no lo exige la teoría testimonial. Tampoco la teoría requiere el rigor historiográfico de la historia literaria. Ni la experiencia directa con el Otro, en su rostro y mirada, ni las fuentes primarias se necesitan para fundar un concepto teórico de verdad. Por tal razón, no existe una edición completa ilustrada de *Cuentos de barro* (1928-1935) de Salarrué, cuya edición príncipe (1933; viñetas de José Mejía Vides) excluye un tercio de los relatos y las viñetas originales de Luis Alfredo Cáceres Madrid, Cañitas, etc. Además, la recepción de sus contemporáneos resulta irrelevante para la visión científica actual. El síntoma de los estudios culturales lo evidencia la falta de una edición íntegra del libro más clásico de la literatura salvadoreña. Tampoco hay una recopilación de los manuscritos de *Miguel Mármol* (1966-1972) de Roque Dalton, obra escrita durante seis años, la cual testimonia hechos cuarenta años después sin una presunta intervención del olvido. Si la antropología distingue las notas de campo —la entrevista inmediata— de la monografía —la obra elaborada— los estudios culturales reprimen la oposición. Menos aún, interesa una entrevista directa con “Guadalupe” la testimoniante de *Un día en la vida* (1981) de Manlio Argueta, o en la zona de Chalatenango,. Como *mapa-mundi*, un libro expresa el saber íntegro de la historia, sin su contexto de recepción inmediato ni un proceso de escritura ni el rostro del Otro.
- (2) La muerte del Padre primordial la detallan la bibliografía sobre Roque Dalton y el ceremonial crítico que lo conmemora cada mes de mayo. El significado fraternal de la presencia lo otorga el legado significativo del Nombre-del-Padre. La postura ante su legado y asesinato primordial determina un lugar en la estructura de la ciudad letrada y en el intercambio político de los bienes culturales.

Agradecimientos: A Carlos Cañas Dinarte por aconsejarme la lectura de este libro tachado adrede por la historia y los estudios culturales.

Bibliografía

- Argueta, Manlio. *Un día en la vida*. San Salvador: UCA-Editores, 1981.
- Dalton. Roque. *Miguel Mármol. Cuaderno de notas*. Praga, 1966. Cortesía de la familia.
- . *Miguel Mármol*. San José, CR: EDUCA, 1976.
- Gallegos Valdés, Luis. *Panorama de la literatura salvadoreña*. San Salvador: UCA-Editores, 1981. Simple mención de la obra de Suárez sin comentario.



Meza Márquez, Consuelo. Historia de la narrativa de mujeres en El Salvador.
<http://www.caratula.net/ediciones/44/critica-cmezamarquez.php>.

Breve mención de la autora sin análisis de la obra.

Salarrué. *Cuentos de barro*. San Salvador: Editorial "La Montaña", 1933.

---. *Trasmallo*. San Salvador: Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1954.

Suárez, Carmen Delia de. *El problema de la vivienda en El Salvador*. San Salvador: Cuadernos de Periodismo de la Universidad de El Salvador, 1965.

---. *Cuando los hombres fuertes lloran*. San Salvador: Editorial Ahora, 1976. Ilustración de la portada de su hija Astrid Suárez. Epígrafe inicial: "No claudiques", Autor anónimo (1917).

---. Artículos de índole política, social, económica, artística. *EL Diario de Hoy*. 1960-19XY. Trabajo de archivo pendiente.

---. Obra diversa (cuentos, poemas). Inédita en posesión de la familia.

Toruño, Juan Felipe. *Desarrollo literario de El Salvador*. San Salvador: Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1958. Es obvia la ausencia de Suárez debido a la publicación tardía de su novela sobre el 44 treinta años después.